

DEMASIADAS VIDAS PARA EL CALAVERA

Autor: Armando Ruiz Chocarro, de Cárcar (Navarra)

2º PREMIO V Certamen de Cuentos “Villa de Cárcar”

Lo oí todo mientras vomitaba en los servicios del “Disco Chappel”. Dijeron:

-Hay que deshacernos del *viejo*. No veas lo paliza que es.

-Paga todas las rondas.

-Que le den por saco. Estoy hasta el culo de cubatas. Voy a avisar a los demás y nos largamos por la puerta trasera.

Los que hablaban eran Iván y Erika, unos colegas. El “viejo” era yo, cuarenta y bastantes. No son muchos, aproximadamente la misma edad que sus padres.

-Me da pena –dijo Erika.

Eso me dolió. Más que todo porque me creía el paradigma del tipo divertido, del enrollado, del gurú de la peña, del líder. Me vino una arcada definitiva, ellos no la oyeron porque andaban metiéndose una raya. Cuando se marcharon me miré en el espejo, luego me quité una babilla color marrón de las comisuras de los labios y me remojé la cara con agua fría. Todo en orden. De pronto el cuarto de baño se puso a girar, las piernas me temblaban y el estómago intentaba abrirse paso por la barriga como si fuese un alien al final de su gestación.

Me desperté en mi habitación. A los pies de la cama estaban mi madre y el doctor Rubial, el médico de la familia.

-Hay Jesusíto que susto nos has dado. Tan blanco, la verdad es que parecías un cadáver. Que ya no eres un crío Jesusito. ¡Si te viera tu padre que en gloria este! –dijo mamá.

Mi padre había sido un teniente de caballería destinado en África que debió dejar rayas hechas en todas tabernas y putiferios de El Aium. Durante un permiso en la península conoció a mi madre, hija del marqués de Somorrostro, a la que sedujo echando mano de su porte y verbilocuacidad. Él tenía casi cincuenta años y ella poco más de veinte. El muy crápula la dejó en estado ante la indignación de mi abuelo el marqués. Se casaron un 6 de mayo en la iglesia de Santa Lucía. Ya no volvió al Sidi Ifni ni en adelante dio un palo al agua. De día se paseaba muy tieso con mi madre del brazo por las cafeterías del Paseo de la Latina y de noche se jugaba los cuartos en el

casino. Eso por no hablar de las amantes que tenía, una de ellas, Elvirita, hasta me creía que era pariente nuestra. Y mi madre en la higuera, le parecía que tenía una joya en casa. Se quedó viuda con treinta y cuatro años y desde entonces no se ha quitado el luto.

Pues eso, que si me hubiese visto mi padre en aquella situación pensaría que de tal palo tal astilla. Otro calavera. Bueno, continuó. Me dolía todo el cuerpo como si acabara de salir del saco de entrenamiento de un peso pesado. Mamá fue a preparar un café y el médico se acercó a la puerta para asegurarse de que no había moros en la costa. Luego se volvió hacia mí.

-Si sigues así no durarás mucho Jesús. Ya sé que te he avisado cien veces pero ahora la cosa es seria. Si sigues con tu vida disipada...

-Vida disipada Eso suena a la parábola del Hijo pródigo.

-Tómatalo a broma. O te cuidas o te expones a lo que te suceda algo gordo. Vas a acabar con tu vida y de paso con la de tu madre.

Recogió sus cosas y salió. Aquel ultimátum era para mí como escuchar las ofertas en el supermercado de productos de limpieza. En lo que pensé fue en que estábamos a domingo y que el lunes había quedado para un viaje a Madrid con unos colegas. Disponía de 24 horas para recuperarme. En la mesilla tenía la medicación: unos sobres para no vomitar, unas pastillas efervescentes para el dolor de cabeza, un jarabe y unas cápsulas de colores que debía tomar cada seis horas. Cogí la ración correspondiente y me dispuse a tirarla por el water. Cuando me incorporé de la cama empecé a sentirme bien. Había pecado de pesimista, me había dado 24 horas y ya estaba de puta madre. Recuerdo haber llegado a la puerta cuando mi corazón hizo un ruido, como el de un motor diesel que se gripa. Algo parecido, pero con mucho, muchísimo dolor.

Esa vez estuve dos meses en el hospital, tres días en coma. Los coleguitas vinieron a verme. Entre jijí y jajá me dijeron que traían material de primera, y como uno es toda una leyenda en hacer salvajadas, me metí una raya allí mismo. A la noche me encontraron sin pulso. Tuve suerte, estaba de guardia un especialista cardiovascular que me puso el corazón en marcha en el último suspiro. Un doctor cojonudo pero más borde que su puta madre.

-Ahora, hace falta que te funcione la cabeza –y se marchó sin estar seguro de si había hecho bien en salvarme de una muerte segura.

Aquella noche no dormí a pesar de que me habían metido metralla en el gotero, o tal vez sí que dormí y soñé que estaba despierto decidiendo dar un cambio radical en la vida.

Salí del hospital a finales de abril. Había perdido quince kilos. Mamá me llevó a casa y me cuidó como cuando de pequeño estuve en cama con hepatitis. Tres días a la semana tenía terapia de rehabilitación en una fundación llamada “Lumar”. Mamá me acompañaba, se lo pedí yo, sin ella hubiese vuelto a las andadas al doblar la primera esquina. La primera vez que me atreví a ir solo fue a los cuatro meses de mi nueva vida. Fui a la consulta en autobús pero decidí volver andando. Era principios de septiembre y empezaba a refrescar. Me sentía bien paseando por unas calles que me parecían nuevas, con más luz. Me perdí por la parte vieja y acabé rebuscando viejas ediciones de bolsillo en una librería especializada en novela policiaca llamada “La llave de cristal”. Elegí una docena de libros rebajados de la colección Etiqueta Negra y el último de Cormac McCarthy. En el mostrador estaba una chica ojeando un libro. Al levantar la vista para atenderme hizo una mueca que pretendió parecerse a una sonrisa amable.

-Cuarenta con cincuenta –dijo metiéndome los libros en una bolsa de papel.

Pagué con la visa. La chica dijo:

-Si todavía le interesa el libro de “Hollywood y Levine” de Andrew Bergman puedo intentar conseguirlo.

Llevaba años tras ese libro pero no recordaba haber estado en aquella tienda hacía poco. La muchacha interpretó correctamente mi confusión.

-Lo hablamos en un bar. En “Garito’s”, hará unos cuatro meses. Incluso me invitó a cenar aunque luego no vino a la cita.

-Perdone, yo...

-Es igual. ¿Le interesa el libro?

-Claro.

Me pareció guapa a primera vista, pelo castaño recogido en una coleta “cola de caballo”, buen tipo, ojos no me fijé, unas tetas talla “bastante bien” y un culo que prometía oculto tras el mostrador. Llevaba una camiseta negra con el nombre de la librería.

-O sea que nos conocemos del Garito’s.

-Ajá.

-Por lo que se ve fue antes de que dejara de beber.

-Supongo.

Me quedé sin saber que más decir, en parte por sus monosílabos. Una señora que estaba detrás mía carraspeó intentado dar a entender que no tenía toda la mañana y que por favor le dejara pagar su libro. Me hice a un lado y me fijé en los ojos de la dependienta, verde oscuros. Cuando la mujer se marchó ya me había preparado mi estrategia.

-¿Le importaría que vuelva a invitarla a cenar?

-Estoy casada y con dos hijos.

Me puse rojo, luego sonreí tan forzosamente que casi se produce un esguince en el músculo de las comisuras. Balbuceé una disculpa. Ella dijo:

-Es broma, en venganza por lo del plantón. Mi nombre es María.

Quedamos para el viernes a la noche. Me habían retirado el carné de conducir dos años por conducir borracho, así que la fui a buscarla en taxi. Ahora llevaba el pelo suelto, se había dado un poco de colorete y olía a fragancia de rosas. Un traje negro con camisa de seda gris ponía la guinda al conjunto. Hizo un gesto de extrañeza cuando pedí una tónica, así que tuve que contarle con detalles mi vida como ex alcohólico. Obvié mis problemas con la cocaína, no quedaba tan romántico. Luego respondí a un pequeño interrogatorio al que me sometió. A la pregunta, ¿A que te dedicas?, contesté: “a nada”. Eso era verdad, vivía de las rentas de siete pisos alquilados que mamá había puesto a mi nombre en lo mejor de la ciudad. A la pregunta ¿No tienes inquietudes en la vida?, contesté: “son casi las nueve y tenemos mesa reservada para esa hora”. Llegamos con el tiempo justo a Casa Sancho. María se solidarizó conmigo e insistió en pedir agua para acompañar una merluza a la romana. Después la llevé a una obra de teatro, una nueva versión de “La mordaza” de Sastre. A las dos la dejé en su casa. Todo un caballero, no como mi padre que en gloria esté. Quedamos en vernos antes de tres días.

Tres días es una eternidad para un enamorado. Durante cinco meses la vi casi a diario. Una noche paseando le dije que la quería y ella me contestó con un apasionado beso que, aún hoy, sigue siendo la mejor manera de decir “yo también”.

Ahora viene lo bueno. Había enderezado el rumbo, me estaba enamorando y cabía la posibilidad de empezar una nueva vida. Claro que, conociéndome, era una posibilidad contra, digamos cien. Siendo generosos. Un día recibí la visita de Iván y Erika, seguían con los mismos problemas de siempre.

-Déjanos pasta maqués, estamos en un lío.

Tengo un dudoso sentido de la amistad. Debí mandarles a freír espárragos pero uno es blando de sentimientos.

-¿Cuanto?

-¡Lo ves, Iván! El marqués es un tío de puta madre.

Y más blando aún en cuanto a fuerza de voluntad. En el cuarto de baño nos metimos un “tiro”. A mi me temblaron las piernas. De allí fui directo a mi reunión semanal en la fundación “Lumar”. Hecho un cristo. A los cinco minutos de estar sentado en círculo, unos marcianos azules empezaron a desintegrar cuerpos de ex alcohólicos. Por suerte logré esquivar un rayo que me lanzaron. Tal vez no habían conseguido apoderarse todavía de la ciudad, yo debía ser la única esperanza. La raza de marcianos azules se transmutan con los terrestres y la única manera de identificarlos es porque carecen de corazón. Con agilidad felina conseguí derribar un engendro que se acercaba a mí. Rápidamente metí mi mano por entre sus vestidos buscando el pálpito, me sorprendió que su carne no era escamosa, sino blandorra. Sonreí con alivio, bajo mi mano noté al fin el tic tac de un corazón acelerado.

Desperté en una de las salas de la fundación con la camisa regada de sudor. Mi madre estaba hablando con Pajarillo, un antiguo toxicómano encargado de la organización de “Lumar”. Como no quería enfrentarme todavía con la realidad hice como que estaba entre sueños. Pero me enteré de lo que hablaban. De mí. Decía Pajarillo que yo había sufrido una paranoia debida a la reacción impactante de la droga en un cuerpo en fase de desintoxicación. Pudo ahorrarse dar más detalles pero no, le contó que empecé a moverme nervioso y a gritar palabras como “maldito cerdo alienígena” o “yo salvaré a la Tierra”. Por último debí abalanzarme sobre Lorena, la monitora, y metiendo mi mano por su bata, le toqué repetidamente un pecho. A mi madre le preocupaba que Lorena pudiera denunciarme por acoso sexual, pero Pajarillo la tranquilizó diciendo que ya estaban acostumbrados a esas reacciones alucinógenas.

-Uno de cada diez pacientes no supera nuestro tratamiento.

Mi madre lloró. “Este hijo me va a matar” murmuró a modo de disculpa. De tanto hacerme el dormido acabé sumido en un profundo sueño. En él yo volvía a salvar al mundo de marcianos azules.

A mi cita con María llegué como una moto. Nervioso perdido. Me aguantó casi dos horas hasta que me puse a discutir con un camarero que me había echado güisqui de garrafón en el cubata. Antes la había tenido con el portero del local por que le

sorprendí mirando el culo de mi chica. Tuvo que salir el dueño, Marcos, un conocido de toda la vida. Me dio la razón y me invitó a otro cubata.

-Lo mismo para mi amiga -dije.

Marcos meneó la cabeza. Cuando me volví en busca de María, su taburete lo ocupaba un tipo casi tan borracho como yo.

Dos días más tarde Iván, Erika y yo nos empotramos contra el muro de un túnel en plena M-30. Iván murió en el acto y su novia todavía está en el centro de parapléjicos de Toledo. Yo iba en la parte de atrás alucinando en colores, no me hice nada, ni un rasguño. Dijeron los del SAMU que me vi envuelto en una “burbuja de inmunidad”, un caso entre diez millones de accidentes mortales.

Esto sucedió en 12 junio del 2004, el 28 fui a visitar a Erika con un colocón de órdago. Al verme, su padre casi me mata de una paliza. Se llama Eduardo y fuimos íntimos amigos cuando ambos estudiábamos en los escolapios. Mientras su padre me sacudía de lo lindo, Erika me miraba con los ojos más tristes que he visto en mi vida. Maldita “burbuja de inmunidad”. Aquella noche, en un hotel de mala muerte, decidí acabar de una vez por todas. Me tomé un cocktail de drogas y alcohol capaz de tumbar a una manada de elefantes. Lo que son las cosas, los marcianos azules me salvaron la vida. En vez de permanecer echado en la cama esperando a que la sobredosis surtiera efecto me entró de nuevo aquella paranoia, y cuando los extraterrestres me tenían prisionero en la nave nodriza conseguí alcanzar el centro de inteligencia y huí lanzándome al vacío hasta una dimensión virtual.

Un par de guardias municipales que pasaban por la calle se quedaron atónitos al verme saltar desde la ventana del segundo piso del hotel, me llevaron a urgencias sin demasiadas esperanzas. No debían saber que tengo siete vidas, a cual más vacía, estúpida y desgraciada.

Estuve ocho meses en una clínica francesa que combinaba medicina convencional y tratamientos de desintoxicación. Fui un mal paciente que la entramaba con todo el personal de la clínica. Cuando salí de allí las enfermeras ni se despidieron. Mi madre lloró al verme, estaba cojo de la pierna derecha, flaco como un palo, se me había caído el pelo y la mitad de los dientes. Desde entonces ando escaso de defensas inmunológicas, camino encogido como si la cabeza me pesara un quintal y tengo esporádicas lagunas mentales. De mi ánimo mejor no hablar. En abril de este año volví a la fundación “Lumar”. Mamá pasaba las dos horas que duraba la terapia en la sala de

espera leyendo las “Muy Interesante” que se amontonaban en una mesita. Un día viendo una película de Pajares y Estesos en la tele, sonreí.

-Ya falta menos –dijo entonces mamá.

No le entendí. En noviembre de 2006, al salir de la reunión, mi madre no estaba en la salita. Una mujer ocupaba su puesto leyendo una “Muy interesante” extra verano. Era María.

-Tu madre me ha ido informando de tu estado. Dice que vas bien. Te he traído esto.

Me tendió un paquetito envuelto en papel de regalo. Intenté abrirlo sin romper demasiado el papel pero las manos me tiemblan de forma crónica y acabé haciendo una carnicería. Era “Hollywood y Levine” de Andrew Bergman en una vieja y amarillenta edición de bolsillo. Miré la primera página, no tenía dedicatoria.

-Gracias -dije.

Mis compañeros de la reunión iban desfilando a nuestro lado. “Hasta luego, Jesús y compañía” se despedían. No sabía que más decir. María cogió su abrigo para marcharse.

-¿Querrías cenar conmigo? –dije atropelladamente en un alarde de reflejos.

Se puso el abrigo. Parecía mayor de cómo la recordaba. Su pelo era ahora más oscuro y corto, ya no podría peinarse la “cola de caballo”. Tampoco llevaba fragancia de rosas y parecía cansada.

-Me casé, tengo un hijo.

Dentro ya no quedaba nadie. Pajarillo esperaba pacientemente a que saliésemos para cerrar. No recuerdo que tonta excusa iba a murmurar cuando María se me adelantó, dijo:

-Es broma.

Pero no sonrió.

A cambio me dio su mano. Cálida, suave, reconfortante.

FIN